

Alejandría estaba hechizado con ella, y se regocijaba en las comedias que le daba Antonio, dejando las tragedias para los romanos.

A mayor abundamiento eran comedias costosas. La reina y el triunviro se daban recíprocamente y á porfía frecuentes banquetes; pero Cleopatra le aventajaba siempre en magnificencia y en buen gusto. Como Antonio admirase un día la cantidad de vasos preciosos colocados en el aparador, ella le dijo: *Están á tu disposicion*, y se los envió, rogándole que volviera al día siguiente con más numerosa compañía. Admitió el convite y encontró las mesas guarnecidas con más riqueza que el día antecedente; luego al terminar la comida se repartieron entre los convidados los vasos y las copas. Llevaba por zarcillos dos perlas de inestimable precio; un día mandó disolver una y se la bebió; iba á hacer lo mismo con la segunda, cuando se la detuvo; entonces la ofreció en regalo.

Habiendo sido convidado Filotas, médico de Anfisa, por un cocinero á ver los preparativos de la comida de Antonio, quedó maravillado de la variedad de manjares, y mucho más todavía reparando ocho asadores y un jabalí en cada uno de ellos, preguntó á qué muchedumbre de convidados aguardaba el general romano. *A doce solamente*, respondió el cocinero; *pero como Antonio puede sentarse á la mesa al instante, dentro de una hora, dentro de dos, ó más tarde, conviene tener dispuesta de continuo una comida.*

Aprovechábase Octavio de los voluptuosos ocios de su colega. De vuelta en Italia (41), pensó en hacer allí cosecha como Antonio en Asia, á fin de saciar á los veteranos y de granjearse su afeto; dióles, pues, las ciudades que les había prometido. Viéronse llegar en tropel á Roma los infelices colonos despojados de sus propiedades, clamando amargamente contra la injusticia que hacia pagar al pueblo los gastos de una guerra emprendida sólo en ventaja de los triumviros. Octavio los prestaba oído con hipócrita condescendencia, sin que por eso dejara de continuar distribución tan inicua. Ni aun así conseguía hartar la codicia del ejército, en cuyas filas se exageraban los tesoros repartidos entre los soldados de Sila. Suscitábanse cotidianos combates entre los veteranos y los ciudadanos, á quienes iban á despojar del cam-

po paterno, y murmuraciones contra el triunviro, que no llegaba á satisfacer á aquéllos por cuya fortuna hacia tantos infelices.

Hallaron los descontentos sus jefes en Fulvia y en L. Antonio, mujer y hermano de M. Antonio. Si esta mujer, de cuyas atrocidades y de cuyos desórdenes hemos hecho mencion reciente, estaba irritada contra su marido por sus nuevos amores y por sus fastuosos excesos, no por eso aborrecia ménos á Octavio, que le habia negado una adhesión muy distinta de la que se puede exigir de un yerno, y que, para colmar la medida de sus faltas, habia repudiado á su hija Clodia, declarando enviarla tal como se la habia entregado. Fulvia, que se habia hecho más poderosa que los cónsules, gobernaba á Roma á su antojo, y excitaba á los adversarios de Octavio, poniéndoles de manifiesto que se encaminaba á la tiranía, y pretendia hacerse prosélitos, despojando á los infelices cuyas tierras distribuía. Prestaban atento y cordial oído á aquellas sugerencias los veteranos de Antonio y los italianos espatriados, era aquella una nueva guerra civil que amenazaba al territorio. Cada día engendraba nuevos conflictos y asesinatos; estaban interceptadas las comunicaciones marítimas y amagada Italia de hambre.

Octavio se esforzaba por calmar los ánimos; pero Fulvia, no respirando más que venganza, y persuadida de que la guerra podia únicamente arrancar á Antonio de Egipto, se retiró á Prenesto: allí, con un casco en la cabeza, pasaba revista á las legiones, daba la orden y hacia de general. Declaró el ejército que queria fallar como árbitro entre los dos adversarios, y notificó á Octavio y á Fulvia que comparecieran á su presencia en Gubio. Dirigióse allí el primero humildemente; Fulvia rehusó atemperarse á la cita, de que hizo burla, lo cual produjo su ruina. Aunque los senadores de su partido habian puesto á su disposicion sus gladiadores, L. Antonio se halló encerrado en Perusa. Como estaba fortificada y defendida por un ejército entero, no se podia tomar aquella ciudad sino por hambre; pero no tardó mucho en sentirse tan crudamente, que Lucio acortó los víveres á los esclavos y á las gentes de servicio, sin permitir su salida, para que no supiera el enemigo la extremidad á que se hallaba reducido. Aquellos desventurados fueron, pues, con-

denados á una lenta y dolorosa agonía. Apurados hasta lo sumo los sitiados, intentaron una salida furiosa, si bien fueron repelidos. Entonces Lucio, para salvar la vida á tantos valientes, se resignó á entrar en acomodos con Octavio. Este le recibió cortesmente, y prometió perdonar á todos los que depusieran las armas; pero una vez dueño de la ciudad, envió al suplicio á muchos de los principales ciudadanos, y el idus de Marzo condenó á ser degollados sobre el altar de César á trescientos caballeros y senadores de Perusa. Vanamente invocaron la fé de los tratados y apelaron á su compasion, pues obtuvieron por única respuesta: *Es forzoso morir*. Presa fué la ciudad de las llamas (40), Fulvia y cuantos pudieron escaparse se refugiaron en Sicilia ó en Grecia. Octavio hizo su entrada en Roma, vencedor de sus conciudadanos en una guerra deplorable, en que sólo se trataba de la distribución de los despojos entre los más fuertes.

Apenas hace la historia mencion de Lépido que, indolente como era, fué en breve víctima de su vanidad y de su flaqueza. Antonio fué despertado en el seno de los funestos solaces, á que se habia abandonado en los brazos de la reina de Egipto por la guerra de Perusa y por la invasion de los partos. Pareciale la primera más amenazadora, y acudió ante todo á Atenas, donde encontró á Fulvia, cuya conducta censuró severamente. Informado en breve de que Octavio habia ocupado la Galia transalpina, que le señalaban sus convenios, vió en esto una declaracion de guerra, y se dirigió á Italia, abandonando á su mujer, que sucumbió á este nuevo golpe. En vez de oponerse á su desembarco Domicio Ahenobardo, que mandaba la escuadra republicana, se acogió á su bandera: tambien Sexto Pompeyo secundó sus proyectos, apoderándose de muchas ciudades en la costa, y poniendo la Italia en estado de bloqueo.

Presentóse Octavio; pero fatigados los soldados de batallas, y deseosos ya de disfrutar tranquilamente los campos que habian obtenido, obligaron á los dos rivales á entrar en acomodos. Estipulóse por mediacion de Cocceyo, de Polion y de Mecenas, que los triumviros olvidarian lo pasado; que Antonio se casaria con Octavia, hermana de su colega, jóven de gran hermosura y de rara virtud; por último, que se

repartieran el imperio, tomando por limite á Codrópolis (Scutari), en la Iliria. De este modo Octavio reservaba para sí la Dalmacia, las dos Galias, la España y la Cerdeña; Antonio todos los países al Oriente hasta el Eufrates. Lépido poseia el Africa. Quedaba de participacion comun la Italia, para alzar allí las tropas necesarias á la defensa del Estado. Antonio se encargaba de la guerra contra los partos; Octavio debia combatir á Sexto Pompeyo, si se negaba á someterse.

Este último continuaba reduciendo al hambre á Italia, donde la carestía iba en aumento, especialmente desde que habia ocupado la Córcega y Cerdeña; exasperado el pueblo romano, llegó hasta á sediciones sangrientas, y fué necesario que los triumviros se decidieran á proponer un convenio. Entabláronse las conferencias cerca del promontorio de Misena. Pompeyo pedia ser admitido en el triunvirato en lugar de Lépido, cuyo crédito declinaba de día en día; que los proscriptos que habrian sobrevivido fueran reintegrados en sus derechos, y que los asesinos de César no fuesen castigados más que con el destierro. Estas condiciones fueron desechadas por los triumviros; no quedaba, pues, á Pompeyo más recurso que el de tentar la suerte de las armas. Dueño como era del mar y de las islas, hubiera descargado terribles golpes sobre sus enemigos, si con voluntad más firme hubiera sabido dirigirse por sí mismo, en vez de dejarse guiar por sus amigos y por el liberto Menas.

Mientras titubea se entablan nuevas negociaciones, y se conviene al fin en que conservará la Sicilia, Cerdeña y el Peloponeso; que le serán restituidos 70.000 sextercios, valor de los bienes confiscados á su padre; que obtendrá el supremo pontificado, y aunque ausente, podrá pretender el consulado; que será dulcificada la suerte de los proscriptos, y que al espirar el tiempo de servicio de los legionarios de Sexto, obtendrán concesiones en tierras como los de los triumviros. En cambio prometió Sexto dejar libre la navegacion, no inquietar más las costas, no dar acogida á los esclavos fugitivos, proveer de víveres á Roma y limpiar los mares de los piratas que los infestaban.

En el momento en que discutia Sexto los términos del tratado á bordo del navío almi-



rante con los dos triumviros, el liberto Menas, propenso siempre á aconsejarle partidos extremos, llegó á decirle al oído: *Permitid que me haga á la vela; apreso á todas esas gentes, y quedáis señor del mundo.* Ambicioso á medias, le respondió Pompeyo: *¿Por qué no lo has hecho sin decirme? Por mi parte no sé faltar de ese modo á la fe prometida.*

Regocijose Roma viendo el término de su prolongada hambre y la vuelta á su patria de tantos ilustres proscriptos. Pompeyo tenía todo el mérito á sus ojos, porque le suponía todas las virtudes de su padre, ídolo en otro tiempo y objeto en breve de la compasion del pueblo; pero no tardó en conocer que en vez de tres tiranos comenzaban á oprimirla cuatro. No pasó mucho antes que se renovara el odio de César y Pompeyo entre sus herederos. Octavio acechaba la ocasion de invadir á Sicilia. Sexto alzaba tropas para defenderla. Pretendia el primero que las sumas debidas antes del tratado á la república por el Peloponeso, debian ser percibidas por los triumviros; entendia el otro que le correspondia cobrarlas, habiéndosele cedido el país sin ninguna reserva. Así surgian cotidianamente nuevos disonimios y se hacia inevitable la guerra.

Auxiliaban débilmente á Octavio sus colegas, pero lo que le proporcionó una ventaja inmensa fué la desercion de Menas. Descontento de Pompeyo á causa de su desconfianza, ó queriendo separar su causa de la de un hombre que tenía tantos escrúpulos para alcanzar el triunfo, aquel liberto llevó al enemigo su gran habilidad y sus atrevidos consejos, sin contar tres legiones, una considerable escuadra y las islas de Córcega y Cerdeña. Entre tanto, habiendo acometido Octavio á Pompeyo con sus imprevistos refuerzos, vió destruida su escuadra, tanto por las naves enemigas, como por la tempestad. Afortunadamente para él no supo Pompeyo aprovecharse de la victoria, y le dejó juntar los dispersos restos de su escuadra.

Pero la mayor y verdadera felicidad de Octavio fué haber sabido distinguir y elevar á dos simples caballeros, Mecenas y Agrippa. Era vástago el primero de un *lars* etrusco y pertenecia á la ilustre familia Cilnia. Poseia gran talento, si bien la felicidad le habia enervado.

Moderado en su ambicion y satisfecho de permanecer caballero romano, para abandonarse más libremente á la ociosidad y á los placeres, á los cuales le arrastraba su muelle naturaleza, era incapaz de toda accion enérgica y viril. Tenía costumbre de decir: *Hacedme cojo, manco, jorobado, desdentado, con tal de que me dejes la vida; hay más, crucificadme con tal de que no me deis muerte;* pero era hombre de excelente consejo; y como no aspiraba á hacerse valer, porque no pretendia honores, podia decir á Octavio las verdades más desagradables, y domesticar aquella feroz alma disponiéndola á la dulzura. Protegia con este intento á los hombres de letras. Obtuvo del triumviro el perdón del poeta Horacio Flaco, de Venusa, que habia mandado en Filipos una de las legiones de Bruto; mandó restituir á otro poeta, Virgilio Maro de Mantua, los campos de que le habian expulsado los colonos militares; y un dia que sentado en su tribunal pronunciaba contra sus enemigos sentencias de muerte, como impidiese la muchedumbre á Mecenas acercarse á su lado, le arrojó sus tablillas en que habia escrito: *Levántate, verdugo.*

Estos consejos eran dictados por una política prudente, pues propendia al único objeto en que podia fijarse á la sazón un hombre de estado, la pacificacion del imperio. Agrippa se empleaba en librar á Octavio de sus enemigos: incapaz como Mecenas de ocupar el primer puesto, no tenía ménos habilidad guerrera, que éste recursos y expedientes en política. Nacido de tan baja esfera que tenía vergüenza de recordarla, se habia conciliado, siendo todavía mozo, la amistad de Octavio. El fué quien le alentó á admitir la peligrosa herencia á que le llamaba la muerte de César, y quien atrajo á su causa los veteranos de su padre adoptivo. Pretor á los veinticinco años, domeñó á los galos cisalpinos, que se habian insurreccionado, y subió de punto su fortuna al par que se engrandecia la prosperidad del triumviro. Aquellos dos hombres de tanto precio para Octavio en las circunstancias en que se hallaba, proveyeron á los medios de restablecer el orden, de sustituir á los indóciles veteranos de Filipo un ejército disciplinado que quiso y pudo luchar con ventaja contra los talentos militares de Antonio y contra el valor de Pompeyo.

Nuevas escuadras equipadas por la solicitud de Agrippa fueron á llevar la guerra á Sexto á Sicilia y en los mares (36); allí las ventajas conseguidas por su general, fueron parte á reparar el baldon de Octavio, siempre pronto á huir é infundiéndole miedo un mar tempestuoso. Una vez seguro en la ribera, desafiaba á aquellas embravecidas olas que le habian hecho temblar poco antes, y se le oia gritar con amenazante tono: *Venceré, si, Neptuno, venceré á pesar tuyo.* Algunas naves enviadas por Antonio, y los refuerzos que le llevó Lépido le permitieron asediar á su enemigo dentro de Messina. Entónces propuso Pompeyo terminar la guerra con un combate de treinta naves de cada bando, y habiendo sido admitido el reto se trabó la refriega entre Mylas y Nauloca. Disputóse allí la victoria con igual destreza por Agrippa y por Pompeyo, con un valor igualmente obstinado por los soldados; pero al fin fué favorable á Agrippa.

Incendióse la escuadra enemiga, algunos de sus jefes fueron condenados á muerte, otros se suicidaron. Octavio, á quien faltaba corazón en el momento de empeñar la lucha, habia permanecido acostado á bordo de una galera, levantándose colmado de una gloria que no merecia. Reducido Pompeyo á diez y siete naves, abandonó su ejército al vencedor en vez de ir á colocarse á su cabeza. Habiendo llevado á bordo á su hija, á algunos amigos y sus tesoros, se trasladó á Asia, con intencion de reclamar el auxilio de los partos, á condicion de auxiliarles tambien á ellos ó tratar con Antonio; pero el colega de Octavio hizo ó dejó que le asesinaran.

Cuando Messina, sitiada por Agrippa y por Lépido se rindió á este último, no tardó en estallar la rivalidad que Octavio nutria habia mucho tiempo en contra suya. Lépido habia llegado de Asia con doce legiones y cinco mil ginetes numidas á bordo de ochenta naves de guerra y de mil buques de transporte: cuando vió á Octavio reclamar para sí solo el poder y la gloria, hizo valer sus pretensiones en calidad de triumviro; pero habiendo logrado su astuto colega seducir á sus oficiales, se halló abandonado por todos los soldados, y no se avergonzó de ir en persona vestido de luto á rendir homenaje á Octavio, quien le menospreció lo su-

ficiente para hacerle gracia de la vida y dejarle su hacienda.

Caido así de un puesto donde no le habian encumbrado ni el valor, ni la destreza, sino solamente la fortuna, mal ciudadano, artífice de facciones, que no era capaz de dirigir sin apoyo ajeno, no le quedó de su grandeza más que la insignificante dignidad de soberano pontífice, si se compara con las otras de que estaba revestido. Acabó sus dias en el Lacio en el seno de una oscuridad de que no debiera haber salido nunca.

Ya no tenía Octavio más que un rival para disputarle el imperio, y era Antonio. El hijo adoptivo de César mandaba un ejército como jamás lo habia tenido á sus órdenes ningun general romano; se componia de cuarenta y cinco legiones, de veinticinco mil ginetes y diez y seis mil hombres de infantería ligera; tenía además seiscientas naves de alto bordo. Pero la fuerza de un ejército consiste en la subordinacion, y sus soldados, por el contrario, se sublevaban de continuo, reclamando á voz en grito las mismas recompensas con que habian sido gratificados los vencedores de Filipo. Octavio procuró aplacarlos distribuyendo collares, brazaletes y coronas; pero un tribuno le dijo: *Guerda esos juguetes para los niños.* Esta atrevida frase fué estrepitosamente aplaudida por los soldados, y Octavio se vió en la necesidad de retirarse. No obstante, desapareció el tribuno, y como se creyó por todos que de orden del general habia sido asesinado, se calmaron los turbulentos. Veinte mil hombres que persistian en exigir dinero ó su licencia, obtuvieron esta última demanda; se ganó á los otros con liberalidades.

Roma saludó la vuelta de Octavio con los más espléndidos honores, y con los parabienes reservados á los caudillos victoriosos, erigiéndole la ciudad una estatua, dándole el título de *pacificador del mar y de la tierra;* con la idea de granjearse el afecto de la muchedumbre, rehusó ciertas demostraciones excesivas, otorgó absolucion entera á los deudores del tesoro por negocios públicos, envió tropas para destruir las bandas que infestaban las aldeas y las campiñas, é hizo llegar granos en abundancia. Víosele llevar á la plaza cartas de diferentes senadores encontradas en los papeles de Pom-



peyo, y quemadas sin haber sido abiertas; por último, declaró formalmente que depondría la autoridad tan luego como Antonio regresara de Oriente. Seducida la muchedumbre por tanta magnanimidad le confirió á perpetuidad el título de tribuno del pueblo; esto equivalía á hacerle inviolable y allanarle el camino que debía llevarle al poder absoluto. Mientras consolidaba el tiempo los títulos que acababa de adquirir, marchó Octavio contra los cilicios.

Antonio, despues del tratado de paz celebrado con el gran Pompeyo, habia pasado á Grecia en compañía de Octavia, su nueva esposa; en Atenas se le habian tributado (37) los homenajes serviles á que se habia acostumbrado Cleopatra; vestíase de Baco para asistir á las públicas solemnidades. Hasta se habia casado con Minerva por sugestion de los atenienses, que se vieron despues obligados á pagarle el dote de la diosa á razon de 1.000 talentos. Durante este tiempo habia hecho su teniente Ventidio con éxito la guerra á los partos (39), que á las órdenes de Pacovo, hijo de su rey, se habia adelantado hasta Tiro, despues de talar la Siria. Habiales rechazado hasta más allá del Eufrates. Cayó en su poder Labieno, general romano pasado al enemigo, que dirigia á los partos con sus consejos; Ventidio le condenó á muerte y se aprestaba á seguir el curso de sus victorias.

Al fin Antonio tuvo vergüenza de aletargarse en los placeres mientras su teniente se cubria de gloria. Adelantóse, pues, á la cabeza de un ejército hácia Oriente. Pero antes de su llegada dió Ventidio una tercera batalla en que pereció Pacovo con veinte mil de sus mejores soldados. Habia vengado á Craso, y á no ser por los celos de su general tal vez hubiera dilatado hasta el Tigris los límites del imperio.

Con efecto, habiéndosele incorporado Antonio bajo los muros de Samosata, donde sitiaba á Antioco, rey de Capadocia, le envió á Roma bajo pretexto de hacerle obtener un triunfo merecido.

Descontentó con esto á sus soldados que le secundaron de mala gana, y desde entonces se vió reducido á acabar poco honoríficamente la guerra con Antioco. Sosio, su otro teniente en Cilicia, Siria y Palestina, sometió á Jerusalem y Judea. Canidio penetró en la Armenia, des-

hizo á los iberos y á los albaneses, y se apoderó de los desfiladeros del Cáucaso, paso ordinario de las poblaciones escíticas. Así ocupaba Antonio con sus ejércitos los tres derroteros principales del comercio: el Cáucaso, Palmira y Alejandria. De vuelta en Atenas pasó á Italia para ayudar á Octavio á triunfar de Pompeyo, extinguiendo por todo su tránsito cuantos destellos de libertad habian podido dejar los asesinos de César en Grecia y en Asia. Como se apercebiese de que su jóven colega no le tenía bastantes miramientos, concibió grande enojo. Pero Octavia, auxiliada por Mecenas y Agrippa, indujo á su hermano á tener una conferencia con su marido. Allí convinieron en los medios que se debian adoptar para triunfar de sus enemigos, y para prolongar por un quinquenio el triunvirato.

Si la bondad, el afecto, la prudencia, hubieran bastado para encadenar el alma de Marco Antonio, no habria dejado de salir airosa Octavia, pero ¿qué era para aquel soldado ambicioso y grosero las virtudes de la encantadora hermana de Octavio, al lado de los hechizos de Cleopatra, reina y amante, como una diosa en la ciudad más digna de ser capital del mundo? Antonio dejó, pues, en Italia á su jóven esposa ocuparse en la educacion de sus hijos y de los de Fulvia, y se dirigió á Siria, donde invitó á Cleopatra á que fuera en su busca. Más dominada la reina de Egipto por la ambicion que por el amor, le inspiró la idea de convertir á Alejandria en capital de un nuevo imperio. De consiguiente, se propuso reunir al reino de Egipto todos los países marítimos y comerciales del Mediterráneo oriental; es decir, la Celsiria, Chipre, gran parte de la Fenicia, una porcion de la Judea y la Arabia de los nabateos por donde las caravanas ganaban los puertos del mar de las Indias. Parecióle llegado el instante de llevar á cabo el vasto proyecto de César y de someter el país de los partos. Este país era víctima de las divisiones que debian favorecer á Antonio, desde que ascendido al trono Fraato por el asesinato de su padre y de sus veintinueve hermanos, ejercia allí audazmente la tiranía. Seguido de trece legiones, de diez mil ginetes galos ó españoles, de más de treinta mil hombres de infantería ligera; se apresuró Antonio á dar alcance al ejército de los partos,

antes de que se dispersaran como de costumbre á las aproximaciones del invierno. Artavazo, rey de Armenia, le abrió paso por sus montañas, y penetró rápidamente en el país enemigo, donde fué á poner asedio delante de Praaspa, capital de la Media (36).

Contrariáronle, no obstante, mil circunstancias fortuitas; luego el valor de los medos y de los partos reunidos, le obligó á renunciar la toma de la plaza; entonces se decidió á entrar en tratos con Fraato. Este rey bárbaro le prometió seguridad en su retirada, y en el discurso de una marcha de veintisiete dias, le dió por lo ménos diez combates. Sin descender á los pormenores de las fatigas experimentadas, del desnudo y de la habilidad que ostentaron los soldados y el caudillo, bastará decir que una medida de cebada se pagó en cincuenta dracmas y el pan se vendia á peso de plata. Despues de haber perdido veinticuatro mil de sus compañeros, pisaron al fin los romanos los límites de la provincia, cuyo suelo besaron vertiendo abundante llanto. Sin embargo, aún no habian acabado todos sus males, pues sucumbieron ocho mil hombres más en una marcha forzada á través de montes cubiertos de nieve; rapidez que no se fundaba en ningun motivo, sino en la calenturienta impaciencia que tenía Antonio de ver á Cleopatra.

Juntósele en Leucópolis, donde le llevaba vestuario para sus soldados y dinero. Pero en medio de sus amorosos holgorios supieron que Octavia habia desembarcado en Atenas con vestuario para las tropas, gran número de caballos, dos mil soldados completamente equipados y numerosos presentes. Alarmáronse los celos de la egipciaca de una avenencia entre los dos esposos y resolvió impedirlo: puso en juego todos los resortes de la coquetería, y Antonio envió orden á Octavia de que no pasara más adelante.

Retornó la esposa desamparada á Roma, donde no quiso abandonar la casa de su marido. Lejos de pensar en vengarse, apartó á Octavio del designio de tomar la venganza á su cargo; entregóse con esmero á la educacion de los hijos de Antonio, y sostuvo con su crédito á los que recomendaba para los empleos. Tanta virtud hacia aparecer más de relieve la vergonzosa conducta de su marido, y secundaba la

política de su hermano, atento á los medios de exagerar la opinion pública á Antonio.

Efectivamente, descontento ya contra éste el pueblo de Roma, porque habia hecho donacion á su querida de vastos estados de Asia, se irritó más todavía cuando supo lo indignamente que habia acogido á Octavia; acabó por profesarle inmenso odio, cuando le vió establecer una Roma oriental. Llegado Antonio á Alejandria, habia triunfado con toda la pompa, de que hasta entonces sólo habia tenido privilegio el Capitolio, arrastrando detrás de su carro al rey de Armenia, Artavazo, que le habia sido traidor. Viósele en un opíparo banquete, donde habia reunido á multitud de ciudadanos, sentarse en un trono de oro con los atributos de Osiris, al mismo tiempo que Cleopatra en un trono semejante, y con sus hijos á sus plantas, resplandecia deslumbrando á todos. Entonces en presencia de todo Egipto, que asistia á aquellas fiestas, la habia proclamado reina de Egipto, de la isla de Chipre, del Africa y de la Celsiria, asociándola Cesarion, y señalando otras tres provincias á los tres hijos que tuvo de ella, con el título de Rey de los reyes á cada uno. Uno demostraba vestido con el médico ropaje, ciñendo sus sienes una tiara, como destinado á reinar sobre partos y medos; otro llevaba el ancho manto y la diadema de los sucesores de Alejandro. Añadia la fama que Cleopatra solia jurar con la fórmula siguiente: *Como es verdad que espero dar leyes al Capitolio.*

Sintióse general horror cuando se supieron en Roma estas noticias: Octavio se aprovechó de aquella coyuntura para acusar á su colega ante el Senado y el pueblo, por haber desmembrado el imperio con sus insensatas liberalidades, hizo al mismo tiempo repetir bajo mano que introduciendo indebidamente á Cesarion en la familia de César anulaba la dignidad del imperio, proponiéndose ya trasladar Roma á orillas del Nilo, ó donar Roma á Cleopatra. Tenia cuidado de propagar al mismo tiempo una porcion de relaciones malévolas sobre infamias é indignas debilidades de Antonio. Pronta siempre la historia á ofrecer á los venturosos el tributo de su pluma, acogió á su vez y sancionó todos aquellos rumores.

Para disculparse Antonio reconvinó á Octavio de no haber partido con él la Sicilia, re-